



Biblioteca
Pública Municipal

Carbajosa de la Sagrada



Excmo. Ayuntamiento
de Carbajosa de la Sagrada

¿Por qué es tan importante?

Todas las conversaciones transcendentales tienen un inicio inesperado. Y si tu interlocutor es niño de seis años suelen, además, llegar en el momento más inoportuno. La mía comenzó a finales de diciembre, mientras arrastraba a mi hijo Enzo por todas las mercerías de Salamanca.

Yo aún no lo sabía, pero recordaríamos aquel frío día de invierno durante toda nuestra vida. Quizá por eso sienta la necesidad de contártela.

Las vacaciones de Navidad acababan de comenzar, y con ellas la vorágine de organización de menús, los encargos de los Reyes Magos y el tira y afloja que conlleva que personas tan distintas se pongan de acuerdo, por mucho que nos queramos. Porque, seamos sinceros, el espíritu que nos posee a las madres de familia en estas fechas necesita casi más un exorcismo que ponerse a hornear galletas caseras.

Bien, esa mañana madrugué para dejar todo más o menos atado antes de irme a cumplir con una misión especial. Vale, también lo hice para poder desayunar sola. Si no tienes niños puede que no entiendas muy bien qué placer puede haber en esto, pero créeme, lo hay.

Mientras vaciaba el lavavajillas coloqué una cápsula de expreso “intenso” y apreté el botón. Parece que ya intuía lo que se me venía encima. Mi cabeza solo podía pensar en el mejor modo de lograr mi cometido. Era una locura, sí, pero si lo conseguía...

Preparé unas tostadas de queso fresco con mermelada, calenté la leche y me senté a desayunar. Antes de que pudiese dar el primer sorbo al café unas pisadas por el pasillo me indicaron que el tiempo para mí sola se había acabado.

La verdad es que últimamente le estaba dando demasiada importancia a aquellos momentos. Aún me pasa cuando estoy demasiado cansada. Está bien dar un paso atrás para tomar fuerzas, pero cuando se convierte en costumbre debo tener cuidado de no encerrarme en mí misma.

La puerta de la cocina, que yo había cerrado cuidadosamente para no despertar a nadie, se abrió y por ella apareció un pequeño rostro pecoso de pelo alborotado.

—Buenos días, mamá —saludó aun frotándose los ojos. —¿Qué hay para desayunar?

Le dí un beso y me levanté para preparar un bol de cereales de chocolate. La leche fría, por supuesto, aunque fuera hubiese 1°C.

—Hoy tenéis día de chicos, ¿no? —le pregunté antes de volver a mi café.

—Sí, papá ha dicho que vamos a pasarnos juntos el videojuego de *star wars* —contestó él, despertando de repente. —Es genial, tienen espadas láser y puedo elegir al maestro Yoda...

Mi hijo siguió hablando, pero no pude escucharle porque mi marido apareció trajeado por el fondo del pasillo. Aquello era malo. Muy malo.

—¿Dónde vas? —inquirí como único saludo, aunque ya sabía la respuesta.

—Cariño, lo siento de verdad, pero tengo que cerrar esta venta —respondió, cogiendo su maletín. —Los compradores son de Madrid y han venido solo para esto.

—¿A qué hora volverás? —suspiré.

—Puede que se alargue toda la mañana —me informó con su sonrisa de “no me mates”. —Te lo compensaré, te lo prometo.

Biblioteca

Carbajosa de la Sagrada



Lo haría, eso era cierto. Todo lo era: necesitábamos esa venta, no podía aplazarlo, y no podía elegir volver antes. Además, estaba muy guapo con ese traje, así que no tuve más remedio que perdonarle. Estúpido y sensual Esteban.

Nuestro hijo, ya de pie en la silla y con los brazos en alto para que le escuchásemos gritó:

—Pero... ¿puedo jugar yo solo a *star wars*?

—Lo siento, campeón —le contestó su padre. —Tendrás que esperar a que vuelva.

Y allí me quedé, con un niño de morros, el café frío, y la cabeza caliente, tratando de incluir al peque en mis planes.

—Ahora nos vestimos y nos vamos —le informé, para que se fuere preparando. —Tenemos una misión que cumplir.

—No, lo siento, hace tiempo que vendimos la última —nos contestó la tendera, una chica joven con expresión aburrida.

Suspiré y le indiqué a Enzo que guardara la figurita de Yoda que se había empeñado en llevar. Era su favorito. Solo esperaba que no la perdiese, esos juguetitos de lego eran caros y, ese en concreto, parecía ser bastante difícil de encontrar.

Salimos a la fría mañana salmantina. No iba a desanimarme aún, solo habíamos visitado un par de mercerías. Al doblar una esquina el viento nos azotó, haciendo aletear mi gabardina negra. Ojalá hubiese cogido algo más abrigado, pero con las prisas me puse lo primero que pillé.

En el bolso llevaba apuntada una lista de siete mercerías en las que sabía que vendían lo que yo tanto ansiaba. Las recorrería una por una si era necesario. Salamanca no es una ciudad muy grande, así que pasando por todas serían unos 5 km. Nada que yo no pudiese hacer.

—¿Falta mucho? —preguntó una voz lastimosa a mis espaldas.

—Espero que no —dije con buen ánimo. —Puede que en la siguiente encontremos lo que buscamos.

¡Qué equivocada estaba! Una tras otra fueron pasando cuatro mercerías más en las que no encontramos nada.

—¿Por qué es tan importante? Solo es una manta— se quejó Enzo. El viento nos cortaba la cara mientras esperábamos en un semáforo. —Llevamos mil quinientas horas andando y no hemos conseguido nada.

—No es solo una manta —respondí con toda la paciencia que me quedaba. —Ya te lo he explicado. Son las mantas de la tía Raquel.

—Estoy helado —fue la única respuesta. —Quiero irme a casa.

Cuando al fin se puso en verde y pudimos cruzar contemplé como mi hijo se quedaba plantado en la acera, con los brazos cruzado y su mejor cara de enfado.

—Mira, solo queda una en la lista —contesté. —Seguro que allí se obra el milagro.

Yo no creo en la magia de la Navidad y esas tonterías pero estaba desesperada. No podía creer que una intención tan buena quedase frustrada y no, no tenía tiempo para una rabieta.

Agarré a Enzo del brazo y lo arrastré hasta la última mercería. Se trataba de una pequeña tienda de barrio. Cada rincón estaba lleno de estanterías, todas ellas abarrotadas de medias, ropa interior que había visto tiempos mejores, botones, lazos, cintas y un largo etcétera que no sabría describiros muy bien. Creo que os hacéis una idea.



Al alegre sonido de la campanilla acudió una mujer que parecía la perfecta abuela de cuento. De baja estatura, rostro redondo, pelo blanco, gafas en la punta de la nariz y sonrisa cálida y acogedora. No me hubiese extrañado nada que tuviese un par de duendes trabajando en la trastienda.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó arnablemente.

—Espero que sí, —respondí, forzando una sonrisa. Saqué el móvil para mostrarle la imagen que había paseado ya por media Salamanca. —Estamos buscando una manta como esta...

Me detuve, pues la mujer tenía los ojos puestos en mi pequeño *gremlin*.

—Qué cara más larga. No había visto a alguien tan enfadado desde que herodes descubrió que se le había escapado el niño Jesús.

Enzo bufó como única respuesta.

—Está bien —dijo la anciana. —Dejaré por aquí una galleta, por si te ayuda a sentirte mejor.

El niño la cogió, por supuesto, pero mantuvo su cara de pocos amigos mientras masticaba.

Cuando volví a tener la atención de la tendera le mostré lo que andaba buscando: una manta tejida a mano de colores vivos, con un patrón característico.

—Lo siento, querida —contestó la mujer, meneando la cabeza. —Hace tiempo que Raquel, la mujer que las hace, no pasa por aquí y no sé cómo contactar con ella.

Aquella respuesta me golpeó como un mazazo. El fracaso estrepitoso de mi plan, el enfado de Enzo y que aquella desconocida no supiera nada hicieron que se me humedeciesen los ojos, a pesar de mis esfuerzos por evitarlo.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó la anciana, con expresión preocupada.

—Sí, sí... es solo que... Raquel es mi hermana —dije, tragándome las lágrimas. —Falleció hace unos meses en un accidente y me gustaría tener una de sus mantas.

—Oh, cielos —exclamó la abuela, llevándose una mano a la boca. —Iré a por más galletas.

Como os imaginaréis, cuando salimos de la mercería llevaba el ánimo por los suelos, aunque he de admitir que la galleta ayudó.

—Odio la Navidad —murmuró Enzo, mientras caminaba a mi lado, con los hombros caídos y las manos en los bolsillos.

Suspiré. Al fin y al cabo, el pobre no tenía la culpa de cómo gestionaba yo mi duelo y lo había arrastrado por toda la ciudad para nada.

—¿Por qué dices eso, peque?

—La Navidad son todo son prisas, y visitas y estar de un lado para otro. Es un asco —aseveró.

—¡Pero eso no es la Navidad! —exclamé. —Si los adultos armamos todo ese lío es porque celebramos algo muy importante

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó Enzo con tono de burla. Aún estaba enfadado.

—Te voy a responder, pero no aquí, que nos vamos a convertir en dos muñecos de nieve gruñones —contesté.

Diez minutos después nos encontrábamos sentados en la mesa de un bar desde la que se veía la calle. Frete a una humeante taza de chocolate caliente y un plato de churros

todo se ve de otra manera. Cuando volví de pagar me pareció que faltaba uno y el pequeño confirmó mis sospechas al limpiarse un berrete delator.

—Así que odias la Navidad —inquirí.

Enzo se sonrojó un poco, pero asintió. Es increíble lo que un poco de azúcar puede hacer con los enfados infantiles.

—Hijo, siento haberme agobiado con todos los preparativos... y con la manta de la tía Raquel. Pero lo que celebramos en Navidad no tiene nada que ver con todo eso, y a la vez sí. ¿Lo comprendes?

—No entiendo nada de nada —contestó el niño, metiéndose otro churro en la boca mientras su figura de Yoda escalaba la cucharilla.

Sonreí.

—Lo que quiero decir es que en Navidad celebramos que ya no tenemos que agobiarnos por nada de eso —dije, consciente de que le estaba sonando a chino. —Mira, ¿quieres que te cuente un secreto?

El pequeño asintió. Le encantaban los secretos, como a todos los niños.

—Pero no se lo puedes decir a nadie hasta que no llegue el momento, ¿vale?

Tras una promesa de meñique, que en nuestra familia es más vinculante que un contrato firmado, le desvelé mi plan.

—Ahhhhh... por eso te has vuelto un poco locatis en la tienda de las galletas.

—Sí —admití a regañadientes.

—¿Y no podemos hacer nosotros una manta igual?

Me eché a reír.

—Pues no es una mala idea, pero tiene algunos puntos flojos —contesté. —El primero es que ni tú ni yo sabemos tejer. El segundo es que cada una de esas mantas es única. Raquel las tejía con los colores más alegres que podía encontrar porque decía que una nueva vida siempre traía felicidad a una familia. Además...

—¡Qué coincidencia! —me cortó mi hijo, mirando por encima de mi hombro.

—¿Qué? —pregunté, molesta porque no me estaba haciendo ni caso.

—Que ese señor lleva una manta muy parecida a las de la tía.

Me giré como un resorte, sin lograr ver nada.

—Mira, este señor... —dijo Enzo con tono cansino, mientras señalaba a través del escaparate.

¡Era increíble, allí estaba! Un solo vistazo me bastó para darme cuenta de que era una de las mantas de mi hermana. Recogí todo nuestros enseres tan rápido como pude.

—Vamos, cariño... —apremié al pequeño. —¡Tenemos una misión!

—¿Puedo llevarme los churros para el camino? —Preguntó.

—Sí, sí, pero ¡corre!

Salimos de aquel bar como alma que lleva el diablo y nos adentramos en las concurridas calles del casco histórico. Por suerte para nosotros, nuestro objetivo se trataba de un hombre de poblada barba castaña y 1,80 m de altura. Conseguimos alcanzarlo frente a la fachada de la universidad.

—¡Disculpe! ¡Disculpe! —grité.

—A ver si lo he entendido bien —dijo el hombre, ajustándose sus gafas de pasta. — ¿Están dispuestos a pagar para quedarse con la manta de mi hija?

—Eso es —asentí con entusiasmo.

—Pues lo siento, pero no va a ser posible —replicó aquel sujeto con apatía.



Parecía más aburrido que enfadado por nuestra propuesta. Por mi parte, me estaba comenzando a enfadar su actitud.

—Quizá es la manta favorita del bebé —trató de terciar Enzo.

—Qué va —aseguró el hombre — ni siquiera sabe que existe.

—Entonces ¿cuál es el problema? —dije yo, tratando de mantener la calma.

—Veréis, si yo os vendo esto, por más buena acción que sea, mi mujer me va a echar la bronca. No sé muy bien cómo ni por qué exactamente, pero me va a costar una buena discusión.

—Bueno, creo que si hablásemos con su esposa ella comprendería...

—Ah, ah, ah. No he terminado —me interrumpió. — Estoy dispuesto a sacrificarme en estas entrañables fechas por una causa tan noble... por un módico precio.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunté, mirándole con odio.

—Había pensado en unos 300€.

—¿Trescientos euros por una manta? —dije casi gritando —¿Te has vuelto loco?

—No es una manta cualquiera. Es la manta que tú necesitas. Además, hay cierto set de lego que retiran este año y que mi señora no me deja comprar porque cuesta... bueno, trescientos euros.

Llegado a este punto casi sufro una crisis nerviosa. La verdad es que no llevaba ese dinero encima y, si la reunión de Esteban de aquella mañana había ido mal, ni siquiera lo tenía.

—¿No? —dijo el hombre. —Bueno, es una pena. Me tengo que ir ya, la niña se estará congelando.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no ahogar a aquel... buen señor con la dichosa manta.

—A mí también me gustan los legos —informó una voz detrás de mí, alzando la figura de Yoda.

—Cariño, no es el momento —le corté. —Seguro que este señor tiene muchas figuritas esas.

—Pero mamá —insistió Enzo. — Esta solo se consigue en el set del templo de Tatooine. Lo retiraron hace tres años y es en la única que viene el maestro Yoda. Mucha gente la quiere para poder terminar la colección.

Entonces lo vi. Fue solo una milésima de segundo, pero ahí estaba. El brillo del deseo en los ojos de aquel hombre desalmado.

—¿La minifigura por la manta? —propuso Enzo, dando un paso al frente.

El hombre permaneció callado un instante, pero enseguida nos alargó mi preciado tesoro y casi le arrebató a mi hijo el juguete de las manos.

Mientras volvíamos a casa, yo no podía parar de mirar con asombro a aquel niño que apenas una hora antes había tenido una rabieta.

—Yo también la echo de menos, ¿sabes? —dijo de pronto. —Ella sabía silbar para dentro y para fuera, y coser muñecos de tela. Me prometió enseñarme y ahora ya no puede.

Los ojos de mi pequeño se llenaron de lágrimas y comenzó a llorar. Yo solo pude abrazarle en silencio.

—La ausencia duele, cariño —me atreví a decir al fin. —Pero no es definitiva. Raquel está con nosotros y, si te fijas, podrás verla en las pequeñas cosas.

—¿Como lo que vamos a hacer esta noche? —preguntó.

—Exacto —contesté con una sonrisa. —A ella le encantaba hacer este tipo de cosas.

Aquella noche nos juntamos toda la familia para cenar, como todas las familias de España. Pero antes, nuestra familia tenía una tradición. Todos vamos al rededor del belén a celebrar el nacimiento del niño Dios.

Me acomodé junto a mi sobrino mayor, Fernando, y su esposa Marta. En esta ocasión, Rubén, el marido de mi hermana, tomó la palabra y preguntó a los más pequeños:

—¿Sabéis por qué esta noche es tan importante? Ha pasado algo y no nos hemos enterado. ¿Alguno sabe qué es?

—Que ha nacido Jesús —respondió uno de mis sobrinos.

—Sí, sí, eso está muy bien —siguió su padre. —Pero a nosotros eso ¿qué más nos da? Todos los días nacen niños y no armamos tanto revuelo. Os diré por qué el nacimiento de este niño en concreto es tan importante. Dios, viendo como sufrimos, en su locura de amor, no nos podía dejar así. Ve cómo nos duele la vida, como se nos encoje el corazón.

—Cómo echamos de menos a mamá —añadió mi sobrina pequeña.

—Exacto —continuó Rubén tras una pausa. —Por eso decidí hacerse de carne y hueso, como nosotros, y sufrir a nuestro lado. Pero la cosa no queda ahí. Lo celebramos porque ese Dios ¡ha venido a salvarnos! Sabemos que mamá está en el cielo con Él, esperándonos. Por eso creemos que este niño viene del cielo.

En aquel momento me giré hacia Marta y le toqué la barriga.

—Y yo creo que este niño también —les dije. —Venid. Enzo y yo queremos regalaros algo de parte de alguien muy especial.

Así fue como Enzo aprendió que en Navidad nos nace un salvador, como entendió que la muerte no es un adiós, sino un hasta luego, gracias a que un día Dios se hizo uno de los nuestros.

Miriam Alonso Hidalgo

